

GANADOR I PREMIO DE MICRORRELATOS 2005

ESO

SENSACIONES

Nunca se había fijado en él sin embargo ahí estaba y ahí había estado siempre, cubierto de polvo como todos los demás. Probablemente nadie sabría su origen y su función no habría sido otra que la de adornar la estantería. Lo cogió, lo palpó y lo sacudió. Deslizó la mano por la tapa y un escalofrío le recorrió el cuerpo. El tacto era cálido, quizás por que en aquellos calurosos días nada podía tomarse frío. Pero él no pensó eso. Era una sensación extraña y él, conocedor de tantas culturas, tantos países, tantas extrañezas, gracias a una lectura continuada a lo largo de su vida, nunca había sentido nada parecido con ningún otro libro. Lo abrió y pasó la primera página delicadamente. Un olor a humedad invadió la sala. Con seguridad esa humedad sería la única que olería en todo el día; la gran sequía que asolaba el país impedía que una sola gota de agua llegara a aquella zona.

Al menos tendría que esperar a mañana para salir de allí. Mientras seguía oliendo el libro, empapándose de él, se maldecía por haber acabado ayer con el agua que le quedaba en un ataque irremediable de sed. Se encontraba solo en una antigua biblioteca, sin nadie con quien hablar y aquel viejo libro era su mejor compañero. Se sumergió de tal modo en su lectura que por instantes olvidó su crítica situación. Pronto la nostalgia de los lluviosos días de Abril volvió a su mente. En aquel primer capítulo una copiosa lluvia caía sobre el protagonista, del que aún no sabía nada. Miró por la ventana y esperó, sin resultado alguno la llegada de los refuerzos. Apenas algunos remolinos levantaban la tierra seca. No era de extrañar que nadie viviese allí. Continuó su lectura entre los leves suspiros de calor y agotamiento. A partir de ahí, como si el libro se hubiera contagiado de la sequía, no aparecería ni un solo capítulo en el que se hiciera referencia al agua. Se estaba empezando a obsesionar y, ya en el capítulo veinte, las lágrimas del protagonista volvieron a recordarle el asfixiante calor. De repente la pena le inundó el alma y no pudo evitar llorar. En contra de lo que su hombría le proponía. Las lágrimas llegaron a sus labios y sacando levemente la lengua las sorbió como un tesoro. Incluso ellas parecían secas. A falta de cinco capítulos para terminar, decidió cenar lo poco que le quedaba, bastante sólido por desgracia. Después volvió a coger el libro con renovado interés. Terminó y durmió soñando con las imágenes de las últimas inundaciones en China. Por la mañana un leve olor a humedad le despertó. Volvió a pensar en el libro, pero éste era un olor diferente. Empapado en sudor abrió los ojos. En su mesilla, junto a la cama, se encontraba el libro “Cuarenta y tres años de sequía “.

En ese mismo instante juró no volver a leer antes de dormir.

Clara García Hernández
Colegio N^a Sr^a de la Granada Santo Ángel
Llerena (Badajoz)

